

Por Juan Marín (1)

Mar Pacífico



SILENCIOSOS y parpadeantes, ágiles y escurridizos como grandes ratas blancas, salen los chinitos de sus escondites y trepan al bote N.º 4 de estribor. —Por aquí, compales ... Apulen... Apulen compalitos, les indica el sobrecargo.

En la cámara, los pasajeros de primera y de segunda clase empiezan a comer.

Del alto-parlante del radio escapan músicas lánguidas alternadas con las pláticas informativas del «speaker». La sirena de neblina rasga el aire cada tres minutos con su bramido desesperado.

—¡Métete por aquí, compalito! Y tú... y tú también. ¡Los ocho! todos, ¡toditos!

Ni un músculo se contrae en el rostro de los chinos. Nada temen. Ellos pagaron sus pasajes al hombre del bigotito recordado y llegarán a su destino. Es cierto que van de «pavos» y que su pasaje no es el mismo de los demás pasajeros. Pero, eso, ¿qué importa? Los de su raza han viajado siempre de la

(1) Nació en 1900 en Constitución (Maule). Médico, Diplomático (Ministro en El Cairo, actualmente). Autor de «Paralelo 53 Sur» y «Naufragio», novelas traducidas a varios idiomas. De «Cuentos de viento y agua» forma parte el hermoso cuento que se inserta.

misma manera en todos los vapores del mundo. Y así se han propagado como un polen amarillo por los cinco continentes. Viajar de «pavos» es también para ellos una forma del «face». Naturalmente que esto los obliga a ir escondidos y soportar algunas molestias. Su filosofía ancestral les ayuda a vivir en esta existencia y a entrar serenamente en la otra.

Los ocho chinitos han logrado ya acomodarse en el gran bote de estribor y el sobrecargo se apresura a cubrirlos con la lona.

—¡Aquí tenel que estal sin movell! Capitán pasal ronda a las diez. Después yo sacal y volvel de nuevo bodega... ¿Comprendido?

Inmóviles, tumbados sobre sus flancos, yacen los orientales en el fondo del bote, como muñecos de cera. No hablan. Ninguna emoción trasciende de sus rostros. En sus cuerpos la vida parece dormir, como en las plantas. Han pasado ya seis días en la bodega del barco: una vez cada mañana reciben, por el pequeño forado de la segunda cubierta, una jarra de agua, un poco de galletas y otro poco de carne seca: la repugnante «fiástica». Ellos no necesitan más. Cierto es, que no pueden fumar su opio. Pero, ya se desquitarán al llegar a puerto. Todos los puertos del Pacífico son propicios al oriental. Aún al más despoblado y miserable casco de la costa guarda un fumadero clandestino. Tiempo habrá pues para eso, y también para morir, como dice una sentencia de Budha, el Dios de senos de mujer y de sonrisa equívoca.

Hace frío esta noche, un frío húmedo que aprieta las carnes y hace crujir los dientes. Una niebla azulosa se levanta del mar y circunda los seres y las cosas con un halo espectral. Contra el casco del buque, el mar empaja sus cuadrigas ligeras de espuma, cuyas leves crenchas blancas se deshacen en la proa.

La lona que cubre las bancadas del bote se siente áspera y glacial.

En el fondo de la chalupa, por el maderamen y los rollos

de cordel, se escurren ratas plomizas. Parecen sorprendidas con aquella inesperada compañía humana. Los botes son, a bordo, las fortalezas y refugio de los ratones. Castillos encantados donde trascurren sus vidas funámbulas. Las ratas son inviolables desde que franquean los pescantes, y las tripulaciones, de capitán a grumete, respetan esa consigna internacional con inalterable devoción. Los marinos saben que todas las noches, en cuanto se apagan las luces de las cocinas y reposteros, brota desde todos los poros de los botes una misteriosa vida: grandes ratas parduscas se corren por la borda, suben a los pescantes y ágilmente atraviesan los cabos. En la penumbra suelen verse sus siluetas aplastadas, como pequeños reptiles o como gordas culebras, destacarse un momento a contraluz y en seguida perderse en las sombras del barco. Ratones blancos y negros, diminutas lauchas de hocico puntiagudo, los escuadrones de roedores abandonan sus trincheras para asaltar las ciudadelas indefensas en donde están los tarros de comida, los cajones de pan, las tentadoras vetas del queso. Son los tripulantes de la noche de todos los navíos del mundo: veleros, vapores o acorazados, y ellos velan el sueño de los navegantes con su menuda e incansable actitud.

La sorpresiva llegada de los ocho chinos al bote número «4», que es el de más a popa, a estribor, produce en los primeros instantes cierta inquietud entre los ratones. Pero, luego se dan cuenta de que los recién llegados son seres inofensivos. Aún más; parece que fueran entes de su misma especie, de una raza similar a la suya. Ratas grandes y pálidas, con ojillos pequeños y parpadantes, también silenciosos tripulantes de la noche.

En la cámara, terminada la comida, el capitán ofrece una copa de licor a los comensales de su mesa y luego propone la tradicional partida de «poker». Mientras enciende su habano, ríe con sus grandes mandíbulas de animal sano. Una de las pa-

sajeras canta una romanza italiana acompañada al piano por un hombre moreno, de cabellera crespa.

El hombre del bigotito «chaplinesco» se excusa de no poder participar todavía en la partida.

—Vuelvo pronto... Dénme caja. Salgo un momento, nada más...

Se encamina lentamente a popa. Alguien emerge de las tinieblas a su encuentro.

Se produce en voz baja un diálogo nervioso:

—¿Los sacaste ya?

—Están en el bote 4, a estribor.

—Bueno, bueno... Correcto.

—Les he dicho que el capitán pasaría la ronda de bodegas a las diez y que era indispensable sacarlos de su escondite.

—¿Qué dijeron?

—Crean que estarán ahí una media hora y que luego volverán al mismo refugio.

—Correcto, correcto.

—¿Y ahora?

—Les dirás que el capitán ha resuelto en el último momento revisar también los botes. Por consiguiente, tendrán que pasarse a un «chinguillo», que haremos colgar desde la misma embarcación en que están.

—Bueno, contador; pero... Ud. sabe... El trabajo es delicado...

—Te he ofrecido doscientos y los tendrás. No vengas ahora a sacar mayor ventaja.

—Es que voy a necesitar alguien que me ayude para poner el «chinguillo» y... para lo otro.

—Está bien... Correcto. Te mandaré al «negro Andrés».

A través de la niebla lívida se filtran rayos lunares, como esas desteñidas sombras de huesos que suelen verse en las viejas radiografías o en las fotografías estelares de los observatorios.

El cigarrillo aromático en la boca del hombre del bigote recortado, se ilumina con cada chupada como un faro diminuto. Luego se consume y es substituído por un grueso habano que el fumador enciende con calma. Es un hombre ancho y alto, de cabeza pequeña y largos brazos de simio. Camina pesadamente hacia proa. Pisa con dificultad. En sus pies hay algo que no está bien. Al apoyar sus plantas, las piernas se quiebran hacia adentro, a la altura de las rodillas, como si soportaran un peso enorme. Bajo sus zapatos impecables, se advierte la osamenta de unos pies deformes. Va lentamente por la cubierta, como un apacible turista que contemplara el paisaje nocturno. Llega al castillo de proa.

—Buenas noches «negro Andrés», en voz baja y sin quitarse el cigarrillo de la boca.

—Tenemos un trabajito a popa... Y agrega con desprecio:

—Ese «maricón» del «sobre» no se atreve a hacerlo solo. Su interlocutor lo escucha sin levantar los ojos. Parece estar absorto en la observación de los pies del recién llegado.

—¿Cuánto?— pregunta por fin agriamente.

—Cincuenta para ti.

—¿Qué son?

—Chinos: ocho «compales».

—¿Cómo lo van a hacer?

Las voces silban como elásticas fustas, se aplastan entre los dos hombres, circulan serpenteando entre ellos y la borda, y concluyen arrojándose en la noche.

—Un «chinguillo», dice el hombre corpulento.

El mulato escupe sonoramente. Después se limpia la boca con el dorso de la mano y, sin alzar la vista, exclama:

—¡Poco! Ud. se gana miles y a uno que es el que hace el trabajo lo quiere contentar con cincuenta «pitos».

—¡Andate al diablo, negro del demonio!— masculla el otro, apretando el habano entre sus dientes.

Los bigotillos tiemblan como dos alas de mariposa. Está trémulo de indignación:

—¡Venir a hacerte de rogar ahora! No te necesito por esta vez. Pero, ten presente que desde hoy se acabaron las «pegas»: los contrabandos de seda, las camisitas de Colón, los cigarrillos de La Habana y de Nueva York. ¿Entendido? Correcto... ¡Correcto!

—Pero, señor; si yo no le he dicho que no...

Los anchos pies deformes han virado ahora ciento ochenta grados y retornan otra vez a la popa. Los ojos que miran hacia al suelo, los contemplan un trecho, hasta que los ven perderse en la niebla. Después el «negro» vuelve a escupir,—esta vez en el mar por sobre la borda,—y se limpia nuevamente la boca con el dorso de la mano velluda. Se aprieta maquinalmente el cinturón y echa a andar hacia proa, al entrepuente de la tripulación.

—¡Ladrón!... Fondear ocho chinos por cincuenta pesos... ¡Que lo haga el solo, el hijo de...!

Son las diez de la noche. El sobrecargo ha arreglado el chinguillo y tiene todas las cosas dispuestas. Es una especie de saco de lona que cuelga de una cuerda. El cordel viene a anudarse en uno de los cabrestantes.

El contador ha vuelto al «smoking» y arregla cuidadosamente montoncitos de fichas frente a su cenicero.

—Cuando todo esté listo, me avisas,—habíale dicho al sobrecargo—. Yo vendré a ayudarte.

Con aire teatral y alarmado, el «sobre» ha subido al bote:

—Compales... Compalitos... Capitán revisal también botes... ¡también venil aquí!... Tú, tú, todos ¡Pasarse al chinguillo!

Los ocho rostros de muñeco de cera lo miran impávidos, como si no entendieran. El hombre hace grandes ademanes mos-

trándoles el saco de lona que cuelga en el vacío. Toma a uno por un brazo y lo hace incorporarse:

—Pasal, pasal ahí, un latito no más, porque si capitán pilla aquí... hombre malo: tolcel cogote, echar al fuego.

Con sus manos subraya el gesto de hacer girar la cabeza dibujando con una de ellas una raya en la garganta, mientras con la otra levanta un mechón de sus propios pelos rojizos.

El primer chino avanza ahora; se coge del cable y, ágil como un mono, desciende al improvisado cesto.

Los otros lo siguen.

En breves instantes, el chinguillo se ha hinchado como un seno de cuadrúpedo, como un vientre preñado que se distiende hacia el agua.

La luna trata de hacer visible su faz de muerta a través de los cendales lívidos del cielo.

Hay mar llana. No sopla una brisa. La niebla lo envuelve todo en su guante de blando y húmedo astracán.

La sirena del barco sigue llamando incansablemente a alguien que nunca responde.

El sobrecargo mira el racimo humano desde la borda y, después, nerviosamente va en busca del camarero de oficiales.

—El contador, ¿está en la mesa de poker, verdad?

—Sí.

—Pues dígame que tenga la bondad de venir a la oficina para firmar unos papeles que habrá que presentar mañana en Arica.

Da unos pasos en dirección a la contaduría. Luego, cauteloso, retorna y sube al puente de botes.

Trascurren breves minutos, hasta que las piernas lentas y torcidas, de pies aplanados, suben en pos de él.

El recién llegado se inclina sobre la borda para observar.

—¿Están los ocho? —interroga cuchicheando.

—Los ocho.

—¿Los contaste?

—Sí, contador.

—Mira que si queda uno...

—Ni para contar el cuento.

—¿Tienes tú el cuchillo?

—Hágalo Ud. señor.

—¡También tú con «mariconadas»...!

—Bueno... Correcto... ¡Lo haré yo...!

Sin prisa, saca el fino cortaplumas, lo abre y comienza a rebanar el cabo. Las fibras van cediendo unas tras otras y como pequeños bucles destrenzados, giran con movimiento circular, en nerviosa espiral.

—Rápido, señor... No vaya a ser cosa que se den cuenta... —dice el sobrecargo asomando cautamente su cabeza melnuda y rojiza por encima de la borda.

—¡Qué se van a dar cuenta!... Correcto...

Apoya con firmeza la delgada lámina de acero sobre el último haz de fibras destrenzadas.

Se oye un crujido y luego un golpe sordo en el agua.

Los dos hombres quedan un momento en suspenso.

—¡Se fueron sin decir ni adiós...!

—¡Chinos mal educados!

—¡Y eran ocho!

—Cállate... —dice el hombronazo de los bigotes recortados alargándole dos rojos billetes.

—Hay tantos chinos en la China: ¡ocho más u ocho menos no le hacen!

Ocho muñecos, ocho grandes ratas blancas han caído al agua y el barco huye a catorce millas sobre las azules llanuras del océano.

La sirena continúa lanzando su alarido lastimero, mientras la muerte viene al encuentro de sus presas. Se presenta a ellos de distinta manera: a unos los coge la hélice, los lanza en vilo, los sumerge y termina aniquilándolos. Otros son tragados por el embudo de la corriente y pasan bajo la quilla, igual que esos

nadadores prodigiosos de la costa africana, sin ser tocados. Aparecen en la superficie al otro lado en plena asfixia, mientras el barco, con sus luces encendidas, semeja al alejarse una gigantesca ciudad iluminada que flotara en el espacio. Sus gritos guturales se pierden en la distancia, triturados, mordidos entre las vibraciones de la máquina y el glú-glú de la hélice. Bracean unos instantes en la infinita soledad y en el infinito desamparo y después desaparecen en las aguas.

En la «cámara», los jugadores de cartas han bebido ya varias corridas de licores. El capitán tiene el rostro encendido como una amapola. El hombre del bigotito entra pausadamente y ocupa su sitio.

—¡El contador viene con suerte!—exclama sonoramente el capitán, dando un puñetazo sobre el verde tapete.

—¿Por qué?—pregunta uno de los contertulios.

—¿No sabe Ud. entonces a lo que salió?

—¡A mirar la luna no habrá sido!—comenta uno de los jugadores, que es vendedor de automóviles y se cree hombre listo.

—Para hacer el amor es muy temprano.—apunta maliciosamente un vejete.

—A ver... dígaselo pues, capitán...—dice el contador.

Los gruesos labios bajo el bigotito a lo Chaplín, muerden con furor el último trozo del habano ya casi totalmente quemado.

Mientras se acomoda, con gesto automático saca su cortaplumas del bolsillo y comienza a limpiarse meticulosamente las uñas. Al darse cuenta de lo que hace, palidece levemente y esconde el cortaplumas.

—Yo sé... yo sé...—sonríe el capitán con aire de triunfo.

Se prepara para decir algo muy gracioso, un chiste que jamás le falla, un éxito seguro de risa.

—Bueno, dígalo, pues, capitán...—reitera el comerciante de automóviles.

—Cuando el contador quiere ganar en el «poker»... ¡sale a orinarse las manos!

Una múltiple y estruendosa carcajada inunda la pieza, choca contra las mamparas rebotando y sale por las claraboyas, a perderse en la noche. El barco la deja atrás. Y allá lejos, a popa, va aquel galope sonoro a confundirse con el último lamento desesperado de un hombre que grita:

—¡Socorroooo!

—Socooo...o...o...o...

Carcajadas y lamentos navegan entre la niebla, bajan a ras del agua y vuelven a elevarse juntos y ondulantes como peces alados. La lívida luz de la luna los recoge en su red de mallas vaporosas.

Los cuerpos destrozados de los chinos, después de viajar por el abismo transparente, flotan a la deriva, con sus ropas adheridas a los cuerpos como sudariós. Ratas de tierra seca, el agua los irá deshaciendo en su verde crisol. Los pájaros marinos ayudarán en la faena junto con los peces de ojos rojos, y los pulpos gelatinosos y los rosados nautilus de velamen latino y las glaucas tortugas de cabeza de saurio.

El viento cantará en sus lentos funerales un miserere orquestal y el mar alcanzará desde su gruta un vasto catafalco de paños azules.

La sirena del barco que no quiere dejarlos así perdidos, alarga su grito y lo echa al océano como la lienza de un pescador.

—¡Qué les parece un «ladislao»?—interroga el vejete a los demás jugadores.

—¡Remato la banca! ¡Y ofrezco una corrida!—responde el contador.

—¡Conforme!—corean los demás.

Le pasan los naipes. El «barman» vuelca en las copas diminutas su alquimia de variados colores. El contador da las cartas. Entre los montoncillos de fichas de las «posturas», se ven

algunos billetes de subido valor. Transcurren unos instantes de silencio mientras los jugadores miran sus naipes.

—¡Pido carta!—dice el de la derecha.

—¡Quiero carta!—agrega el de la izquierda.

—¡La banca, también, pide!—anuncia el contador.

Reparte las cartas: un cuatro a la derecha, un dos a la izquierda y un ocho para sí.

Se tienden los juegos:

—¡Siete a la derecha!

—¡Seis a la izquierda!

—¡La banca tiene ocho!—dice el hombre del bigote recortado. Y luego, ante la sorpresa de todos, exclama:

—¿Pero este número, me persigue esta noche?...

Nadie se explica por qué lo ha dicho. Tampoco lo entiende él mismo. Y sigue dando las cartas.